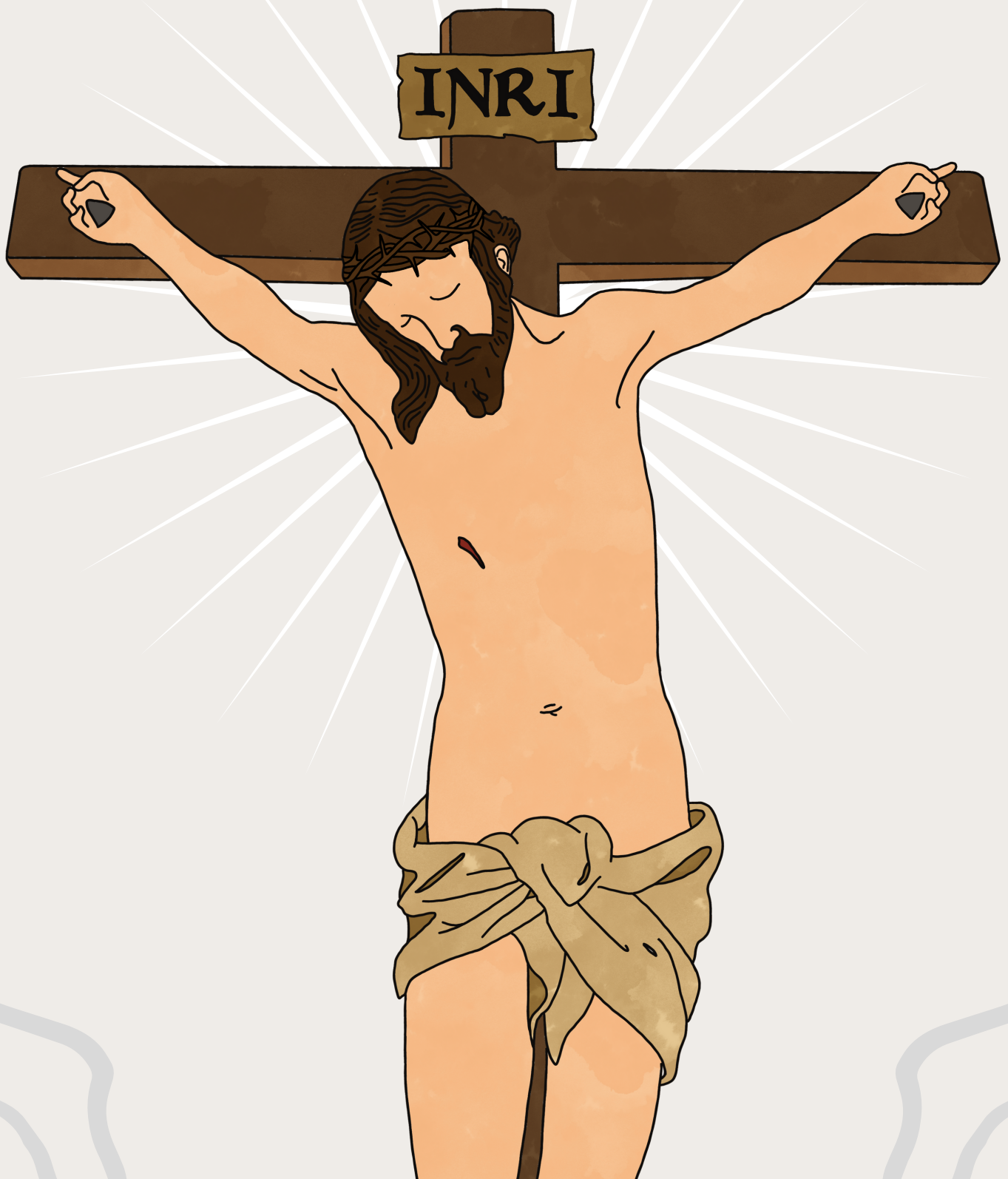


Semana Santa

MEDITACIONES



Página web: www.culturayfe.es

© **FRANCISCO JAVIER ALCEDO RUIZ**

Semana Santa (Meditaciones)

Editado en España.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SEMANA SANTA (MEDITACIONES)

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
DOMINGO DE RAMOS: REY DE PAZ	7
Evangelio (Mc 11,1-11)	9
Meditación	10
Oración y reflexión	11
Escribe	12
Profundización	13
LUNES SANTO: DERRAMARSE	15
Evangelio (Jn 12,1-11)	17
Meditación	18
Oración y reflexión	19
Escribe	20
Profundización	21
MARTES SANTO: INCONDICIONAL	23
Evangelio (Juan 13,21-33.36-38)	25
Meditación	26
Oración y reflexión	27
Escribe	28
Profundización	29

MIÉRCOLES SANTO: ENTREGA HASTA EL FINAL	31
Evangelio (Mateo 26,14-25)	33
Meditación	34
Oración y reflexión	35
Escribe	36
Profundización	37
JUEVES SANTO: AMAR ES SERVIR	39
Evangelio (Jn 13,1-15)	41
Meditación	42
Oración y reflexión	44
Escribe	45
Profundización	46
VIERNES SANTO: MURIÓ POR TI	47
Evangelio (Juan 19, 28-37)	49
Meditación	50
Oración y reflexión	51
Escribe	52
Profundización	53
SÁBADO SANTO: RESUCITÓ	55
Evangelio (Juan 20, 1-10)	57
Meditación	58
Oración y reflexión	60
Escribe	61
Profundización	62

PRÓLOGO

La Semana Santa de nuevo nos engulle. Pero este año de forma diferente. Aunque el año pasado ya pudimos celebrar juntos el misterio del Triduo Pascual, en esta ocasión de nuevo procesionarán los pasos, podremos salir a la calle casi sin mascarillas, todo torna a lo que una vez fue.

Hace menos de un año, resonaba como mantra la frase "cuando todo pase seremos mejores". Cada uno se responde. Seguro que muchos hemos crecido humana y espiritualmente, aunque esto siempre es un camino inacabado en el cual seguir avanzando poco a poco.

La cuaresma ha sido un espacio donde refrescar nuestra fe, donde confrontarnos con Jesús en su palabra, donde volvernos para seguir a Jesús. Ahora, en la Semana Santa, lo vamos a seguir más de cerca, en su despedida final y en el dolor de la cruz, pero sabiendo que ahora reina resucitado a la derecha del Padre, que vivifica nuestra vida y da un sentido profundo a nuestra existencia.

Este pequeño recurso quiere ser una propuesta para ayudarnos a vivir con hondura estos intensos e importantes momentos para la vida del cristiano, que nos hagan comprender más a Jesús, a sus discípulos y discípulas, de manera tal que podamos identificar en nosotros mismos todo este entramado de sentimientos, decisiones, actitudes y circunstancias.

En él encontraréis la lectura del evangelio de cada día, exceptuando el domingo de Ramos, en el que se lee la pasión, y el sábado santo en el que se propone una lectura aunque no haya liturgia. Cada día está compuesto de una meditación al evangelio, una oración, una reflexión, un espacio para escribir y una lectura para profundizar.

Deseo que podamos acabar este tiempo con la convicción de que estas palabras del Papa Francisco en la Exhortación apostólica *Christus Vivit* están grabadas a fuego en nuestro corazón: *Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. [...] ¡Él vive y te quiere vivo! Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolvarte la fuerza y la esperanza.*

Domingo de Ramos



REY DE PAZ



Evangelio

Del evangelio de Marcos (11,1-11):

Cuando se aproximaban a Jerusalén, cerca ya de Betfagé y Betania, al pie del monte de los Olivos, envía a dos de sus discípulos, diciéndoles:

«Id al pueblo que está enfrente de vosotros, y no bien entréis en él, encontraréis un pollino atado, sobre el que no ha montado todavía ningún hombre. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os dice: "¿Por qué hacéis eso?", decid: "El Señor lo necesita, y que lo devolverá en seguida".»

Fueron y encontraron el pollino atado junto a una puerta, fuera, en la calle, y lo desataron. Algunos de los que estaban allí les dijeron: «¿Qué hacéis desatando el pollino?» Ellos les contestaron según les había dicho Jesús, y les dejaron. Traen el pollino donde Jesús, echaron encima sus mantos y se sentó sobre él. Muchos extendieron sus mantos por el camino; otros, follaje cortado de los campos. Los que iban delante y los que le seguían, gritaban:

«¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene, de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!».

Y entró en Jerusalén, en el Templo, y después de observar todo a su alrededor, siendo ya tarde, salió con los Doce para Betania."

Meditación

Una de las escenas más conocidas de la vida pública de Jesús es la entrada que hace en Jerusalén antes de su muerte. Numerosas imágenes de Jesús montado en un borriquillo, que procesionan el domingo de Ramos, nos recuerdan este pasaje narrado en todos los evangelios. Los evangelios sinópticos comienzan narrando la procedencia (*cerca ya de Betfagé y Betania*) y el estado en el que se encontraba el animal (*atado*).

Jesús hace su entrada desde los pueblos desde los que se esperaba la entrada del Mesías. Aparece caracterizado como el Mesías esperado del pueblo de Israel. Sin embargo, Jesús rompe con esa imagen de Mesías guerrero y quiso mostrarse como un rey pacífico cumpliendo la profecía de Isaías (Is 9, 8) que lo llamaría *Príncipe de la paz* y de Zac 9,9 (*He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno*) como veremos en Mt y Jn.

No sabemos realmente si Jesús fue a Jerusalén una única vez al final de su ministerio, como indican los sinópticos, o si realizó más visitas, como indica el evangelio joánico. Sin embargo, podemos ver en esta entrada a Jerusalén el inicio de un recorrido de Jesús hacia la muerte por su predicación del Reino de Dios.

La escena, con un gran trasfondo histórico, está claramente teologizada, y, como hemos dicho, Jesús aparece como rey pacífico. La gente se agolpa a su alrededor echando sus mantos y ramos por el camino, aclamándolo con la palabra "hosanna" (¡Viva!). Como dirá Ratzinger: *la multitud que homenajeara a Jesús en la periferia de la ciudad, no es la misma que pediría su crucifixión*. Se presenta así en el evangelio, una dicotomía clara entre aquellos que aclaman a Jesús como "el que viene en nombre del Señor" y aquellos que gritan para que lo crucifiquen.

La entrada a Jerusalén de Jesús nos da la clave para la vivencia de la Semana Santa y nos invita a comprender realmente cómo es el seguimiento de Jesús. Frente a aquellos que tienen el poder, como eran la aristocracia del templo y la jerarquía romana, Jesús nos muestra una nueva forma de ejercer el poder, mediante la paz.

Es realmente difícil aceptar esta inversión de valores que nos viene a predicar. Parece preferible aceptar su muerte en cruz como final de ese cambio que viene a proponer que decidir morir también con él por vivir realmente su evangelio.

Oración

Señor Jesús, rey de mi historia de salvación,
te alabo por los regalos que me has dado en la vida.
Quiero que entres en mi alma, al igual que aquel día en Jerusalén
y que vengas a darme paz, alegría y amor como a tus discípulos.

Quiero acogerte con un corazón sincero y agradecido,
una corazón que cree en que eres el Señor de la vida.

Dame la paz al corazón, a veces roto por el pasar de los días,
devuélveme la alegría de sentirte en lo más hondo de mi ser,
hazme humilde, sencillo y obediente a tu voz
que me trae la salvación.

Que no tenga miedo, Señor, a gritar a aquel que está a mi lado,
que Tú eres Señor de la historia, que tú eres el Hijo de Dios.

Reflexión

- ¿Qué pasaría por la mente de Jesús en aquel momento? ¿Estarían comprendiendo los discípulos aquel gesto? **Miremos a Jesús con un corazón humilde que sepa contemplarlo como rey de su propia vida.**
- Jesús llama sus discípulos a colaborar en su misión buscando el asno. ¿Obedecemos a Jesús en nuestro seguimiento? **Escuchemos a Jesús con un corazón abierto a hacer su voluntad.**
- El pueblo fue al encuentro de Jesús con ramos y palmas. Le piden ayuda y lo alaban. ¿Acudimos a Jesús con un corazón de alabanza y agradecimiento cuando le pedimos ayuda? ¿O por el contrario, vamos exigiendo su poder? **Gritemos a Jesús con un corazón de alabanza.**

Profundización

De repente, el tema «David», con su intrínseca esperanza mesiánica, se apoderó de la muchedumbre: este Jesús con el que iban de camino ¿no será acaso verdaderamente el nuevo David? Con su entrada en la Ciudad Santa, ¿no habrá llegado la hora en que Él restablezca el reino de David?

Los preparativos que Jesús dispone con sus discípulos hacen crecer esta expectativa. Jesús llega al Monte de los Olivos desde Betfagé y Betania, por donde se esperaba la entrada del Mesías. Manda por delante a dos discípulos, diciéndoles que encontrarían un borrico atado, un pollino, que nadie había montado. Tienen que desatarlo y llevárselo; si alguien les pregunta el porqué, han de responder: «El Señor lo necesita» (Mc 11,3; Lc 19,31). Los discípulos encuentran el borrico, se les pregunta –como estaba previsto– por el derecho que tienen para llevárselo, responden como se les había ordenado y cumplen con el encargo recibido. Así, Jesús entra en la ciudad montado en un borrico prestado, que inmediatamente después devolverá a su dueño.

Todo esto puede parecer más bien irrelevante para el lector de hoy, pero para los judíos contemporáneos de Jesús está cargado de referencias misteriosas. En cada uno de los detalles está presente el tema de la realeza y sus promesas. Jesús reivindica el derecho del rey a requisar medios de transporte, un derecho conocido en toda la antigüedad (cf. Pesch, *Markusevangelium*, II, p. 180). El hecho de que se trate de un animal sobre el que nadie ha montado todavía remite también a un derecho real. Y, sobre todo, se hace alusión a ciertas palabras del Antiguo Testamento que dan a todo el episodio un sentido más profundo.

Cuando se lleva el borrico a Jesús, ocurre algo inesperado: los discípulos echan sus mantos encima del borrico; mientras Mateo (21,7) y Marcos (11,7) dicen simplemente que «Jesús se montó», Lucas escribe: «Y le ayudaron a montar» (19,35). Ésta es la expresión usada en el Primer Libro de los Reyes cuando narra el acceso de Salomón al trono de David, su padre. Allí se lee que el rey David ordena al sacerdote Zadoc, al profeta Natán y a Benaiás: «Tomad con vosotros los veteranos de vuestro señor, montad a mi hijo Salomón sobre mi propia mula y bajadle a Guijón. El sacerdote Zadoc y el profeta Natán lo ungirán allí como rey de Israel...» (1,33s).

También el echar los mantos tiene su sentido en la realeza de Israel (cf. 2 R 9,13). Lo que hacen los discípulos es un gesto de entronización en la tradición de la realeza davídica y, así, también en la esperanza mesiánica que se ha desarrollado a partir de ella.

En Mateo hay también otro texto importante, exclusivamente suyo, sobre la acogida de Jesús en la Ciudad Santa. Después de la purificación del templo, algunos niños repiten en el templo las palabras del homenaje a Jesús: «¡Hosanna al hijo de David!» (21,15). Jesús defiende la aclamación de los niños ante los «sumos sacerdotes y los escribas» haciendo referencia al Salmo 8 [...].

Lo que quería decir resulta muy claro si recordamos el episodio sobre los niños presentados a Jesús «para que los tocara», descrito por todos los evangelistas sinópticos. Contra la resistencia de los discípulos, que quieren defenderlo frente a esta intromisión, Jesús llama a los niños, les impone las manos y los bendice. Y explica luego este gesto diciendo: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis; de los que son como ellos es el Reino de Dios. Os aseguro que el que no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mc 10,13-15). Los niños son para Jesús el ejemplo por excelencia de ese ser pequeño ante Dios que es necesario para poder pasar por el «ojo de una aguja», a lo que hace referencia el relato del joven rico en el pasaje que sigue inmediatamente después (Mc 10,17-27).

Poco antes había ocurrido el episodio en el que Jesús reaccionó a la discusión sobre quién era el más importante entre los discípulos poniendo en medio a un niño, y abrazándole dijo: «El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí» (Mc 9,33-37). Jesús se identifica con el niño, Él mismo se ha hecho pequeño. Como Hijo, no hace nada por sí mismo, sino que actúa totalmente a partir del Padre y de cara a Él.

Si se tiene en cuenta esto, se entiende también la perícopa siguiente, en la cual ya no se habla de niños, sino de los «pequeños»; y la expresión «los pequeños» se convierte incluso en la denominación de los creyentes, de la comunidad de los discípulos de Jesús (cf. Mc 9,42). Han encontrado este auténtico ser pequeño en la fe, que reconduce al hombre a su verdad.

[...]Para la Iglesia naciente el «Domingo de Ramos» no era una cosa del pasado. Así como entonces el Señor entró en la Ciudad Santa a lomos del asno, así también la Iglesia lo veía llegar siempre nuevamente bajo la humilde apariencia del pan y el vino. La Iglesia saluda al Señor en la Sagrada Eucaristía como el que ahora viene, el que ha hecho su entrada en ella. Y lo saluda al mismo tiempo como Aquel que sigue siendo el que ha de venir y nos prepara para su venida. Como peregrinos, vamos hacia Él; como peregrino, Él sale a nuestro encuentro y nos incorpora a su «subida» hacia la cruz y la resurrección, hacia la Jerusalén definitiva que, en la comunión con su Cuerpo, ya se está desarrollando en medio de este mundo.

Lunes Santo





DERRAMARSE

Evangelio

Del evangelio de Juan (12,1-11):

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:

«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?.»

Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo:

«Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos.

Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Meditación

Esta escena, que aparece en los sinópticos aunque de formas muy distintas, más parecida a la de Marcos, narra la unción de los pies de Jesús por María, hermana de Lázaro, con perfume de nardo, muy costoso (una libra) y la acusación de Judas Iscariote, que hubiera preferido venderlo por 300 denarios (hay que tener en cuenta que un denario equivaldría a una jornada de trabajo agrícola).

María no es la mujer pecadora de otros evangelios, sino que es amiga de Jesús. Se ha especulado mucho sobre el significado de su unción, probablemente como agradecimiento por la resurrección de su hermano Lázaro. Sin embargo, lo importante del relato no es la causa de la unción, sino las palabras de Jesús, cuya traducción y significado muchos autores discuten, pero que da sentido al gesto, que no es una unción de la cabeza como se podría esperar, sino que muestra el gran afecto de María hacia Jesús. Todos concuerdan en la aceptación de Jesús de esa demostración de amor, acorde con la cita de Dt 15, 11: "No desaparecerán los pobres del país", y en la muestra de este gesto como anticipación de su muerte y sepultura. Frente a la presencia continua de los pobres, el acontecimiento de Jesús y de su muerte para nuestra salvación acontece una vez para siempre.

Por eso Jesús acepta ese gran gesto de amor, que sin saberlo, anticipa su muerte.

El relato joánico es el único evangelio que nos informa sobre la función de Judas Iscariote dentro del grupo de los doce: el que tenía la bolsa. No es capaz de reconocer la importancia del Señor, sino que enfoca su vida desde la avaricia y no desde el amor en el seguimiento.

Encontramos en este episodio a dos personajes que representan dos tipologías de actitudes en el seguimiento de Cristo: María no tiene miedo de soltar su cabello en presencia de varones para demostrar su amor excesivo y su agradecimiento a su Señor, mientras que Judas será el traidor e hipócrita que solo busca su propio interés escondiendo su avaricia en la excusa de los pobres. De esta manera, Jesús se encuentra entre el amor y la muerte, entre el agradecimiento y la traición, ante un corazón que se abre humildemente a su presencia y otro que se cierra en su egoísmo.

Oración

Déjame lavar, Señor, tus pies descalzos,
con el perfume de mi entrega humilde,
que reconoce en ti el amor de una entrega sin medida.

Quiero corresponder a ese amor tan grande
y llenar mi vida con el olor de tu perfume.
Quiero llevar ese aroma de salvación
a aquellos que todavía no quieren acoger tu amor infinito.

Dame, Señor, un corazón libre
que no se deje embotar por el hedor del egoísmo.
Dame Jesús un espíritu humilde
que sepa inclinarse ante el dolor y la muerte del desvalido.

Reflexión

- María no se deja llevar por las costumbres del momento, sino que su excesivo amor se derrama en un gesto sin medida. ¿Es nuestro amor a Jesús capaz de romper con la mediocridad? **Agachémonos en la presencia de Jesús y respondámosle con infinito amor.**
- La hipocresía de Judas no le deja acoger a Jesús como el Señor de su vida. ¿Nos dejamos llevar por el egoísmo? ¿Miramos solo nuestro propio ombligo o somos capaces de responder con amor y agradecimiento a Jesús? **Reflexiona sobre qué gestos de amor tienes con los demás como respuesta a tu amor a Jesús.**
- Jesús se muestra intransigente ante la avaricia y la falsedad de aquellos que lo rodean, incluso la de sus discípulos. ¿Somos capaces de escuchar la voz de Jesús que también interpela el corazón de cada uno de nosotros hoy? **Mira en el fondo de tu corazón y siente cómo las palabras de Jesús te remueven por dentro.**

Profundización

Quien unge los pies y los seca con los cabellos («Con tus trenzas cautivas al rey», Cantar 7,6), es una mujer. Los otros evangelistas también tienen un episodio semejante, pero esta unción de Betania se contiene en un evangelio, el de Juan, que da a las mujeres mucho espacio y protagonismo.

Marta y María tienen un papel peculiar en Juan y hablan. La Samaritana es una evangelizadora. La Magdalena es la primera en ver al Señor, es la «oveja» que reconoce la voz del Pastor y la evangelizadora de los apóstoles.

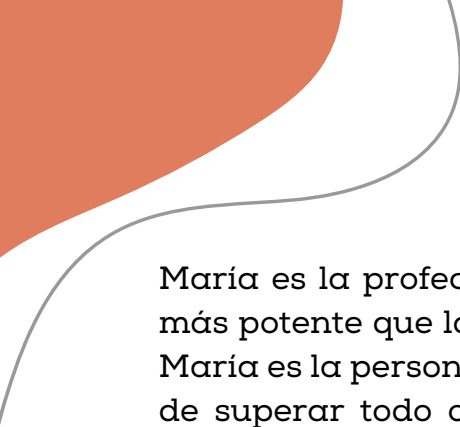
Se ha dicho que difícilmente se habría pronunciado en las comunidades de Juan la expresión: «las mujeres callen en la asamblea». En las comunidades joánicas se hacía realidad el ideal de Pablo, que quedó «incompleto»; pues Pablo, aunque había afirmado la igualdad de hombres y mujeres, tuvo que plegarse a los condicionamientos culturales de su tiempo. Las mujeres en el evangelio de Juan se acercan al ideal del discípulo amado, del discípulo que es tal porque es amado y ama mucho. Y en esto encuentra su dignidad de discípulo y su consistencia.

María, junto a las otras mujeres y junto a la Madre de Jesús, tiene un papel importante porque sobresale en el amor, y el amor es el que constituye al verdadero discípulo. El amor es lo que las permite ser las primeras en intuir la presencia del Señor, ser profetas, presagiar y barruntar.

El papel de María de Betania es el papel profético de intuir la tragedia, ya próxima, de la pasión y muerte de Jesús; pero ver en Jesús, no al derrotado, sino al vencedor; intuir, en medio del grito de odio de los enemigos, su serena respuesta silenciosa, es decir, el canto de amor del Esposo; vislumbrar, entre las tinieblas que estaban espesándose, la luz de un Amor que brilla soberano y victorioso por encima de toda barbarie.

María cree en el amor, cree en el Amor hecho carne en Jesús, en su poder desarmado capaz de atraer a sí los corazones en el mismo momento en que los poderosos lo consideran acabado.

María cree en el poder regenerador del Amor, en su fuerza, en su capacidad de resistir las grandes riadas, en su vitalidad capaz de vencer hasta a la muerte. Y lo cree porque el amor tiene un nombre: Jesús, el que acaba de resucitar a su hermano Lázaro, el que, pese a todo, es pagado con un odio que lo quiere borrar de la tierra.

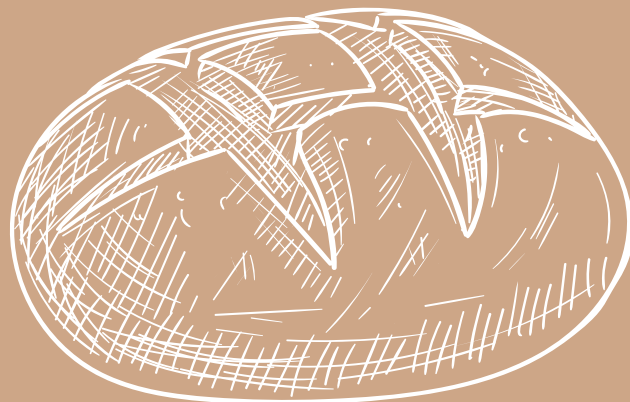


María es la profecía de la fuerza suprema del amor, más fuerte que el mal, más potente que la muerte, más hermoso que toda humana falta de nobleza. María es la personificación de la fe en Jesús, de la esperanza en su capacidad de superar todo obstáculo, del amor que socorre a quien es maltratado y despreciado por los demás.

María es el icono de la vida consagrada, que no en vano encuentra entre sus filas numerosas mujeres que son como ella, como María de Betania, y están dispuestas a estar cerca de Jesús en las buenas circunstancias y en las malas, a consolarlo en los que lloran, a perfumarlo en los que son despreciados, a expresarle todo su amor en los que están abandonados. María, gracias a Dios, vuelve a vivir en miles de millones de mujeres consagradas que expresan incesante y elocuentemente su amor a Jesús con su vida y su entrega total.

Iconos de la vida consagrada (Pier Giordano Cabra)

Martes Santo



INCONDICIONAL



Evangelio

Del evangelio de Juan (13,21-33.36-38):

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"»

Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Con que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Meditación

Ante la sentencia pronunciada por Jesús con la autoridad que le concierne (enfaticada en el evangelio de Juan por el doble amén: *en verdad, en verdad*) los discípulos, a diferencia que Mc y Mt, que preguntan individualmente a Jesús, se miran entre ellos.

A continuación, ante la incertidumbre provocada, se genera una situación de lo más esperada. Aquel que había sido llamado entre los primeros, al que Jesús había reforzado su autoridad, al que había lavado los pies tras negarse, vuelve a sentir la inseguridad ante su maestro, al que sigue sin entender, y siente la necesidad de instar quizás al más pequeño y favorito de su Señor a que le pregunte.

La respuesta se realiza a través de una señal, un gesto que quiere dar la oportunidad de amor a su amigo, se va a convertir en el comienzo hacia una entrega a la muerte que Jesús, a pesar de toda la pena que le supone, acepta.

Por eso, el hijo del hombre, en referencia a sí mismo, es glorificado ahora, porque es el momento en el que Jesús afronta su inminente muerte, en que acepta demostrar el amor infinito de Dios mediante la cruz.

Así introduce Jesús su discurso de despedida, de nuevo incomprendido por Pedro, que con su ingenua y atrevida iniciativa, irrumpe el discurso para proponerse como defensor de su maestro. Ante esto Jesús, con la misma autoridad que con Judas profetiza la actitud de Pedro y su triple negación.

Nos encontramos, por tanto, ante dos actitudes que seguiremos reflexionando durante estos días previos al triduo pascual. La postura de aquel que no comprende pero que es capaz de seguir al Señor a pesar de todos sus errores, o la de aquel que no acepta la verdad que trae Jesús, y aunque es experto en esconder sus intenciones a sus amigos, no es capaz de mirar a su Amigo cara a cara, sino que prefiere entregarlo.

A pesar de todo, no debemos mirar a Judas como el culpable principal de toda esta historia, sino como uno más que se dejó embaucar por el poder del maligno. Todos participamos en la entrega de Aquel que nos ama con infinita ternura. La conversión no consiste en buscar a nuestro alrededor responsables del mal que ocurre, sino reconocer en el fondo de nuestro corazón la necesidad de una mirada de amor que nos reconduzca y nos revitalice hacia la entrega sin medida.

Oración

Déjame, Señor, aceptar tu pan untado,
lleno de amor, de misericordia y ternura.
Vacía, Jesús, mi corazón que está cansado
de caminar por esta vida en amargura.

Rompe, Salvador, todo aquello que me ata
y me impide saltar hacia tu vida eterna.
Acoge, Dios mío, mi arrepentida alma
para reencontrarme con tu mirada tierna.

Sé tú, mi Pastor, cayado donde apoyarme
fortaleza y paz para las veces que caigo.
Enséñame, maestro, a siempre fiarme
para entregarme con pasión a mis hermanos

Reflexión

- Jesús siempre nos ofrece su amor, pero nos da la opción de aceptar su pan untado. ¿Elijo en mi vida el amor de Dios o me dejo llevar por mis propios egoísmos? **Dejémonos mirar por Jesús, para aceptar con humildad el amor infinito que nos ofrece sin pedir nada a cambio.**
- La negación de Judas a aceptar el amor que Jesús ha venido a traer lo lleva al mayor error de su vida. ¿Qué actitudes de nuestra vida nos lleva a no aceptar la buena noticia que nos trae Jesús? **Reflexiona sobre qué actitudes te llevan a impedir que el amor de Cristo inunde tu vida.**
- Pedro sigue sin entender a Jesús, que rompe sus esquemas continuamente, que frente al poder responde con amor. ¿Somos capaces de dejar que Jesús rompa los esquemas de nuestra vida? **Escucha tu conciencia y busca aquellas ideas en las que te has quedado encerrado y deja que el Espíritu Santo te llene de creatividad e iniciativas nuevas.**

Profundización

Dentro de la historia divino-humana de la pasión de Jesús hay muchas pequeñas historias de hombres y de mujeres que han entrado en el radio de su luz o de su sombra. La más trágica de ellas es la de Judas Iscariote. Es uno de los pocos hechos atestiguados, con igual relieve, por los cuatro evangelios y por el resto del Nuevo Testamento. La primitiva comunidad cristiana reflexionó mucho sobre el asunto y nosotros haríamos mal a no hacer lo mismo. Tiene mucho que decirnos.

Judas fue elegido desde la primera hora para ser uno de los doce. Al insertar su nombre en la lista de los apóstoles, el 'evangelista Lucas escribe: «Judas Iscariote que se convirtió (egeneto) en el traidor» (Lc 6, 16). Por lo tanto, Judas no había nacido traidor y no lo era en el momento de ser elegido por Jesús; ¡llegó a serlo! Estamos ante uno de los dramas más sombríos de la libertad humana.

¿Por qué llegó a serlo? En años no lejanos, cuando estaba de moda la tesis del Jesús «revolucionario», se trató de dar a su gesto motivaciones ideales. Alguien vio en su sobrenombre de «Iscariote» una deformación de «sicariote», es decir, perteneciente al grupo de los zelotas extremistas que actuaban como «sicarios» contra los romanos; otros pensaron que Judas estaba decepcionado por la manera en que Jesús llevaba adelante su idea de «reino de Dios» y que quería forzarle para que actuara también en el plano político contra los paganos. Es el Judas del célebre musical «Jesucristo Superstar» y de otros espectáculos y novelas recientes. Un Judas que se aproxima a otro célebre traidor del propio bienhechor: ¡Bruto que mató a Julio César para salvar la República!

Son todas construcciones que se deben respetar cuando revisten alguna dignidad literaria o artística, pero no tienen ningún fundamento histórico. Los evangelios –las únicas fuentes fiables que tenemos sobre el personaje– hablan de un motivo mucho más a ras de tierra: el dinero.

A Judas se le confió la bolsa común del grupo; con ocasión de la unción de Betania había protestado contra el despilfarro del perfume preciosos derramado por María sobre los pies de Jesús, no porque le importaran de pobres –hace notar Juan–, sino porque “era un ladrón y, puesto que tenía la caja, cogía lo que echaban dentro» (Jn 12,6). Su propuesta a los jefes de los sacerdotes es explícita: «¿Cuanto estáis dispuestos a darme, si os lo entrego? Y ellos fijaron treinta siclos de plata» (Mt 26, 15).

Pero ¿por qué extrañarse de esta explicación y encontrarla demasiado banal? ¿Acaso no ha sido casi siempre así en la historia y no es todavía hoy así? Mammona, el dinero, no es uno de tantos ídolos; es el ídolo por antonomasia; literalmente, «el ídolo de metal fundido» (cf. Éx 34,17). Y se entiende el porqué. ¿Quién es, objetivamente, si no subjetivamente (es decir en los hechos, no en las intenciones), el verdadero enemigo, el competidor de Dios, en este mundo? ¿Satanás? Pero ningún hombre decide servir, sin motivo, a Satanás. Quién lo hace, lo hace porque cree obtener de él algún poder o algún beneficio temporal. Jesús nos dice claramente quién es, en los hechos, el otro amo, al anti-Dios: «Nadie puede servir a dos amos: no podéis servir a Dios y a Mammona» (Mt 6,24). El dinero es el «Dios visible», a diferencia del Dios verdadero que es invisible.

Mammona es el anti-dios porque crea un universo espiritual alternativo, cambia el objeto a las virtudes teologales. Fe, esperanza y caridad ya no se ponen en Dios, sino en el dinero. Se opera una siniestra inversión de todos los valores. «Todo es posible para el que cree», dice la Escritura (Mc 9,23); pero el mundo dice: «Todo es posible para quien tiene dinero». Y, en un cierto nivel, todos los hechos parecen darle la razón [...]

He aquí a lo que debe empujarnos la historia de nuestro hermano Judas: a rendirnos a aquel que perdona gustosamente, a arrojarnos también nosotros en los brazos abiertos del crucificado. Lo más grande en el asunto de Judas no es su traición, sino la respuesta que Jesús da. Él sabía bien lo que estaba madurando en el corazón de su discípulo; pero no lo expone, quiere darle la posibilidad hasta el final de dar marcha atrás, casi lo protege. Sabe a lo que ha venido, pero no rechaza, en el huerto de los olivos, su beso helado e incluso lo llama amigo (Mt 26,50). Igual que buscó el rostro de Pedro tras la negación para darle su perdón, ¡quién sabe como habrá buscado también el de Judas en algún momento de su vía crucis! Cuando en la cruz reza: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34), no excluye ciertamente de ellos a Judas.

¿Qué haremos, pues, nosotros? ¿A quién seguiremos, a Judas o a Pedro? Pedro tuvo remordimiento de lo que había hecho, pero también Judas tuvo remordimiento, hasta el punto que gritó: «¡He traicionado sangre inocente!» y restituyó los treinta denarios. ¿Dónde está, entonces, la diferencia? En una sola cosa: Pedro tuvo confianza en la misericordia de Cristo, ¡Judas no! El mayor pecado de Judas no fue haber traicionado a Jesús, sino haber dudado de su misericordia.

Estaba también con ellos Judas, el traidor (Rainiero Cantalamessa)

Miércoles Santo



ENTREGA HASTA EL FINAL



Evangelio

Del evangelio de Mateo (26,14-25):

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?»

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?» Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos."»

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce.

Mientras comían dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.»

Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?»

Él respondió: «El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido.» Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?»

Él respondió: «Tú lo has dicho.»

Meditación

Nos encontramos ante el paralelo mateano del evangelio de ayer, que está antecedido en los evangelios sinópticos por la traición de Judas y los preparativos de la cena, que es pascual para los sinópticos, pero no para Juan.

Se nos presenta de manera escueta la descarada pregunta con la que Judas entrega a Jesús: ¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego? Sin duda, uno de los mejores amigos de Jesús, que guardaba el dinero, va a entregar a Jesús a la muerte. Su avaricia e hipocresía, unidas a la duda generada por la identidad real de Jesús, lo lleva a elegir entregar a su maestro.

El momento de Judas es interrumpido por los discípulos, para preguntar sobre el lugar para la cena pascual. Jesús no da precisiones exactas, que seguramente conocían los discípulos, pero sí pone el énfasis en el momento de la hora: "mi tiempo está cerca". Jesús es consciente de que la predicación del reino y el altercado en el templo lo podría llevar a una muerte cercana e inminente.

Además, seguramente comenzaba a intuir la traición que Judas pensaba cometer. Por eso, al sentarse en la mesa, Jesús no pudo soportar tanta hipocresía. Sin embargo, con gestos de aquel que no se cansa de perdonar y dar oportunidades, Jesús denuncia con delicadeza, sin juzgar ni señalar, la traición que se va a realizar. En el mismo sentido de dar el pan untado de ayer, Jesús hoy come en el plato de Judas, como muestra de amor.

Judas, en lugar de callar y avergonzarse, continúa en su hipocresía, y ni siquiera formula la duda como el resto de sus compañeros, sino que cambia la palabra Señor, por Rabbí, de manera tal, que el evangelista mateo va a querer reflejar la diferencia en la comprensión de Judas sobre la identidad de Jesús, que no es el Señor de su historia, sino que es un maestro más.

Podemos vivir en el autoengaño, disimular nuestra mala conducta, pero el Señor Jesús sabe realmente lo que tenemos en nuestro corazón. De nosotros depende tener una actitud de escucha ante la denuncia de nuestra hipocresía que nos hace, o evadir su acusación amorosa para vivir en nuestra propia avaricia y egoísmo, en nuestro miedo de vivir luchando por una causa que parece no tener sentido ni resultados.

Oración

Desenmascara, Jesús, nuestra hipocresía y egoísmo
para poder vivir en libertad y amor.

Que busquemos siempre vivir en la verdad
y apartemos de nosotros la avaricia y la mentira.

Demasiadas veces te hemos vendido,
demasiadas veces hemos apoyado tu crucifixión.

Danos, Señor, un corazón arrepentido
que sepa recibir, con humildad, tu amor.

Que la duda y la incomprensión no cierren
la acogida de tu misericordia.

Gracias por comprar con tu sangre nuestra salvación,
por apostar siempre por cada uno de nosotros.

Reflexión

- La duda y la incomprensión, el miedo y el egoísmo, turban el corazón oscurecido de Judas ¿Qué actitud oscurecen nuestra vida y nos alejan del amor de Dios? **Pensemos con sinceridad cuáles son las actitudes que nos impiden relacionarnos con Jesús.**
- El amor de Jesús es siempre infinito, dispuesto a acoger nuestra mediocridad, pero siempre que aceptemos su perdón. ¿Soy capaz de aceptar el perdón de Jesús o prefiero confiar en mis propias fuerzas? **Reflexiona sobre tu vivencia del amor de Jesús como acogida de un gran don o como algo que compro con mis méritos.**
- Judas es incapaz de acoger a Jesús como el Señor de su vida. ¿Cuál es mi experiencia de Jesús? ¿Es Él el Señor de mi historia? **Piensa en tu historia vital y en aquellos momentos en los que has aceptado a Jesús como tu Salvador.**

Profundización

¿Quién era Judas? ¿Cómo era Judas? ¿Nació traidor o comenzó a serlo un día? ¿Amaba u odiaba a Jesús? ¿O quizá le amaba y odiaba al mismo tiempo? ¿Era un buen muchacho cuando Jesús le eligió para apóstol o fue elegido ya «para» traidor? ¿Qué pensaba de Jesús? ¿Llegó a creer, a conocer, a sospechar que pudiera ser Dios en persona? ¿Cuándo, cómo y por qué entró Satanás en su alma? ¿Cuáles fueron los verdaderos, los profundos móviles de su traición?

He aquí una cadena de preguntas que jamás encontrarán respuesta. Tras ellas se cerró la puerta del misterio sellado con un suicidio. Pero el hombre moderno ha buscado, busca, sigue buscando esa respuesta. Se diría que la figura de Judas le obsesiona. Es, quizá, porque siente que Judas se le parece demasiado. O por ese afán tan moderno de destriparlo todo, de averiguarlo todo, una especie de pánico al misterio y al vacío. O tal vez sea un ansia (o una disculpa) de justicia lo que hace que no nos contentemos con el viejo chafarrinón que convertía a Judas en cubo de todas las inmundicias, en chivo expiatorio sobre quien todos cargaban sus propias traiciones.

Lo cierto es que al hombre actual no le bastan las viejas explicaciones. Y busca. Y, si no halla, inventa. Y luego descubre que ningún invento le sacia, porque ninguno es mejor que el anterior. Y así colecciona Judas como mariposas, busca, revuelve, entra en los laberintos de un alma que no tiene ni entrada ni salida, que se nos escapa, que se nos escapará siempre.

Los evangelistas han sido, además, tremendamente parcos al hablar de este personaje. Lo mismo que los pintores que durante siglos olvidaron su figura, que le pintaban cuando más de espaldas, o en escorzo, como una sombra fugitiva. O como en esas iglesias en las que la figura de Judas ha sido raspada en las sagradas cenas por una monja piadosa o una beata inquisidora.

Sobre la base de los datos históricos, Judas es, para nosotros, como un personaje de tragedia de la que se hubiera perdido todo menos la escena final. Conocemos el desenlace, ignoramos los vericuetos que llevaron a él.

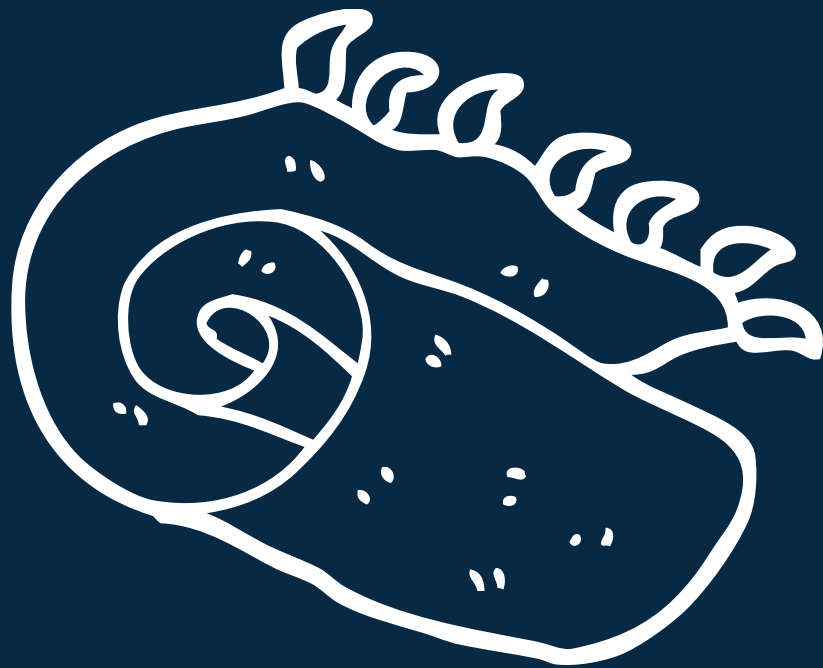
Durante muchos siglos la explicación que ha «funcionado» ha sido la de la avaricia. Con una interpretación absolutamente literal de las frases evangélicas, se pintaba un Judas obsesionado por el dinero (sus símbolos infalibles eran la bolsa y las monedas) que habría vendido a su Maestro para hacer un negocio, aun a sabiedas de que vendía a Dios. [...]

Que en todo esto hay mucho de verdad no parece que pueda negarse. El texto de Juan que llama a Judas ladrón y que afirma que como tenía la bolsa se llevaba lo que en ella echaban (Jn 12, 6) no puede ignorarse ni atribuirse, sin ninguna prueba, como hace Renan, a un supuesto odio de Juan hacia Judas. Tampoco parece que la venta por treinta monedas pueda interpretarse, sin ningún argumento serio, como algo puramente simbólico. Una fuente no puede descalificarse sin más y, en todo caso, una fuente vale más que cien hipótesis. Por otro lado, no hay que quitar importancia a un vicio como la avaricia capaz de empujar a los gestos más sórdidos. Ni es tampoco muy coherente que en un siglo como el nuestro, habituado a poner lo económico por encima de todos los demás valores, se desprecie, en el caso de Judas, la posibilidad de la traición por razones de dinero.

Sin embargo, parece claro que el misterio de Judas va más allá que un simple problema de avaricia. Si el discípulo que le vendió hubiera seguido a Cristo sólo por razones económicas, no se entiende cómo no buscó una compañía más rentable que el pobre grupo de desarrapados que era, en definitiva, el que seguía a Jesús. Y, a poca inteligencia que Judas hubiera tenido, se hubiera dado cuenta, antes de un mes, de que, siguiendo a Jesús, pocas esperanzas económicas podía tener. Sus sisas de la bolsa no hubieran contentado a ningún avaro. Pudieron ser un vicio más en un alma pequeña, pero no el vicio central de un alma grande, aunque se tratara de una grandeza torcida. Tampoco se entiende que un verdadero avaro hubiera pedido por Cristo un precio tan pequeño. Los treinta siclos de plata no eran ciertamente esa propina que dicen muchos comentaristas. Treinta siclos era lo que Judas hubiera ganado trabajando ciento veinte días en las viñas o en el pastoreo, ya que el salario normal que entonces se pagaba y del que nos hablan repetidamente las parábolas era un cuarto de siclo de plata al día. Pero, aun siendo esta cantidad bastante grande en una economía miserable como era la de Palestina entonces (la renta media por cabeza se ha calculado en 62 dólares actuales al año), tampoco puede decirse que se tratara de una cantidad sustanciosa que compensara de algún modo la traición a un amigo.

En tercer lugar, es difícil que un avaro, aun arrepintiéndose, tire de esa manera el dinero recibido. Siempre hubiera encontrado disculpas como invertirlo en el entierro de Cristo o en ayuda de sus compañeros apóstoles. La psicología del avaro puro es más retorcida que la de alguien para quien la avaricia es sólo una parte de su corazón. Parece, por todo ello, que no se equivocan quienes estiman que, junto a la avaricia, tuvo que haber otros factores de corrupción en el alma de Judas para conducirlo a tan trágico desenlace.

Jueves Santo





AMAR ES SERVIR

Evangelio

Del evangelio de Juan (13,1-15):

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?»

Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde.»

Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás.»

Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.»

Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.»

Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos.»

Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios.» Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.»

Meditación

El evangelio de Juan reanuda su narración tras la entrada en Jerusalén con el lavatorio de los pies, único evangelio que narra este hermoso episodio de la vida de Jesús de Nazaret. Al contrario que los sinópticos, Juan enmarca la cena "antes de la fiesta de la Pascua", que celebraba el paso del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto a la libertad hacia la Tierra prometida. Jesús reconoce que llega la hora del verdadero paso, la pascua definitiva.


Jesús es consciente de que su misión terrenal va a terminar, cuya conclusión es el amor hasta el extremo, un amor que acoge a "los suyos", que son aquellos que en el Prólogo de Juan se identifican con los que no lo recibieron (Jn 1, 11).

La traición de Judas no impide que Jesús siga con su propósito. Jesús rompe con el ritual que procedía tras el primer plato, en el cual los criados lavaban las manos de los comensales. Para sorpresa de todos, Jesús se levanta y toma la toalla para realizar este servicio de esclavos. El gesto simbólico implicaba que Jesús se humillaba al lavar los pies. Con él expresa ese amor extremo que también expresará crucificado en el Gólgota.

Mientras que los demás discípulos habían mirado con extrañeza y silencio el gesto de Jesús, Pedro es el primero que reacciona contra ese inesperado gesto de un maestro a su discípulo. En la concepción de Pedro, el maestro es más que su discípulo, y por tanto, el gesto de humillación de Jesús no entra dentro de sus esquemas de poder. Por eso reacciona enérgicamente, oponiéndose a un gesto que rebaja la dignidad del maestro.

La respuesta de Jesús es más contundente aún, negando su afiliación al grupo si se niega. Pedro no comprende, pero teme perderlo. Por eso se pasa al extremo contrario y pone sus manos y su cabeza, cuanto más mejor.

Probablemente los discípulos irían limpios a la gran cena con su maestro, por eso, solamente los pies sucios por la arena del camino necesitaban ser nuevamente lavados. Jesús va más allá del hecho meramente humano, y realiza este acto simbólico.



Para estar en comunión con él necesitamos estar limpios, es decir, tener la conciencia tranquila. A ello se llega mediante la confesión de los propios pecados y el arrepentimiento.

La referencia final a Judas demuestra la plena conciencia de Jesús de su entrega. Él sabía que Judas no estaba limpio, a pesar de que con él también había realizado aquel gesto simbólico, que sin embargo, no había cambiado su corazón.

A Jesús no le basta con la primera explicación a Pedro, y por eso añade una segunda. Tras preguntar si habían comprendido aquel gesto, invita a todos a hacer lo mismo unos con otros. Un gesto que va más allá de la mera humildad, y que es símbolo de un gran cambio de valores que se va a producir con Jesús mediante la ruptura con los modelos de comportamiento habituales.

El cambio revolucionario de Jesús se va a dar con la humillación de la muerte en cruz por la salvación de todos, una muerte aceptada de forma voluntaria que va a suponer un cambio drástico en la vida de sus seguidores.

Jesús muestra a sus discípulos su voluntad de una verdadera humildad procedente de un amor recíproco, en la que Él es el ejemplo paradigmático.

Oración

Te ofrezco mis pies manchados
de pisar a los demás.
te brindo mis pies cansados
de caminar nada más.

Que tu limpia toalla cure,
purifique el corazón,
que me enjague tu perfume,
de paz, amistad, amor.

Enséñame que el camino,
es empezar a servir
que me encuentre Amor contigo
y que me hagas ser feliz.

Reflexión

- No fue capaz de aceptar que el amor de Jesús supera sus expectativas personales. ¿Qué límites ponemos a Jesús en nuestra vida de fe? **Dejémonos sorprender por el Señor que quiere servirnos y purificarnos.**
- Simón Pedro tampoco lo entiende, la humildad de Jesús rompe los esquemas de sus discípulos ¿Rompe Jesús nuestros proyectos personales? ¿Nos pide algo diferente? **Entrégale tus manos y tus pies y fíate.**
- Jesús se agacha para lavarte los pies. ¿Te dejas lavar los pies por él? ¿Aprendemos de él a servir a los demás con una actitud de servicio? **Pide a Jesús que te enseñe a amar al otro sin nada a cambio.**

Profundización

En este jueves, Jesús estaba en la mesa con sus discípulos, celebrando la fiesta de la Pascua. Y el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar, contiene una frase que es realmente el corazón de lo que Jesús hizo por todos nosotros: "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1).

Jesús nos ha amado. Jesús nos ama. Sin límites, siempre, hasta el final. El amor de Jesús por nosotros no tiene límites: cada vez más, más y más. No se cansa de amar. A ninguno. Él nos ama a todos, hasta el punto de dar su vida por nosotros. Sí, dar su vida por nosotros; sí, dar su vida por todos nosotros, dando su vida por cada uno de nosotros.

Y cada uno de nosotros puede decir: "Él dio su vida por mí." Cada uno. Él dio su vida por ti, por ti, por ti, por mí, por todos y cada uno, que conoce con nombre y apellido. Su amor es así: personal. El amor de Jesús nunca decepciona, porque Él no se cansa de amar, como no se cansa de perdonar, no se cansa de abrazarnos. Esta es la primera cosa que quería decirnos: Jesús nos ha amado a todos y a cada uno de nosotros hasta el final.

Y después, hace esto que los discípulos no entendían: lavar los pies. En aquel tiempo, era un uso, era una costumbre, porque la gente cuando llegaba a casa, tenía los pies sucios de polvo del camino; no había adoquines, entonces... Había polvo del camino. Y al entrar a casa, se lavaban los pies. Pero esto no lo hacía el dueño de la casa, lo hacían los esclavos. Era un trabajo de esclavos. Y Jesús lava como un esclavo nuestros pies, los pies de los discípulos, y por esto dice: "Lo que yo hago, tú ahora no lo comprendes ahora -le dice a Pedro-, lo entenderás después" (Jn 13,7). Jesús nos tiene tanto amor que se ha convertido en un esclavo para servirnos, para sanarnos, para limpiarnos.

Y hoy, en esta misa, la Iglesia quiere que el sacerdote para lavar los pies de doce personas, en memoria de los doce apóstoles. Pero en nuestro corazón debemos estar seguros, debemos estar seguros de que el Señor, cuando nos lava los pies, nos lava del todo, nos purifica, nos hace sentir de nuevo su amor.

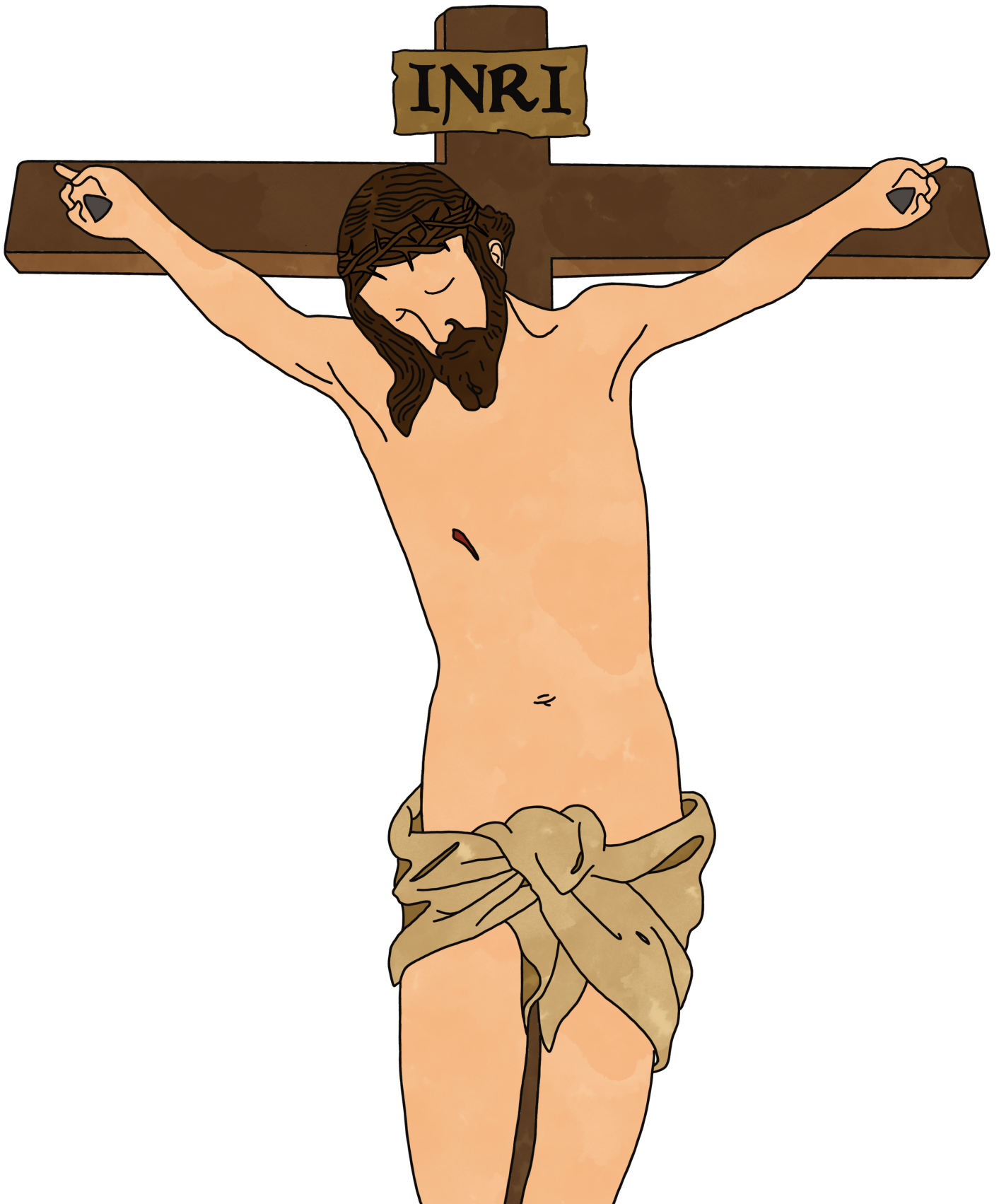
En la Biblia hay una frase, en el profeta Isaías, tan hermosa; dice: "¿Puede una madre olvidar a su hijo? Pero aunque una madre se olvidara de su niño, yo nunca me olvidaré de ti" (cf. 49:15). Así es el amor de Dios por nosotros.

Homilía Jueves Santo 2015 (Papa Francisco)

Viernes Santo



MURIÓ POR TI



Evangelio

Del evangelio de Juan (19, 28-37)

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo: «Tengo sed.»

Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido.» E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran.

Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron.»

*Durante la liturgia del Viernes Santo la Iglesia no celebra la eucaristía. Cerca de las tres de la tarde la Iglesia celebra la muerte de Jesús en la cruz. Tras una postración ante la cruz y una oración se celebra la liturgia de la Palabra donde leemos el evangelio de la Pasión completo (Aquí solo hemos recogido el momento de la muerte). El altar queda desnudo y el sagrario vacío para recordarnos que Jesús está muerto.

Meditación

Aproximadamente, según los evangelios de Marcos y Mateo, a las tres de la tarde Jesús exclamó: *Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?* Los que estaban allí no lo comprenden, piensan que llama a Elías, pero no es así.

Años más tarde, cuando la comunidad empieza a recordar acontecimientos de la vida de Jesús, ponen en sus labios esta exclamación-pregunta procedente del Salmo 22. Pareciera que Jesús se siente abandonado por Dios en ese momento, pero por el contrario, lo que hace es identificarse con el pueblo de Israel que siente la ausencia de Dios.

El Padre no abandona jamás a sus hijos, ni siquiera cuando estos sienten que está en silencio. Jesús asume en la cruz la vivencia de todos los hombres que se encuentran con el silencio de Dios y lo hace con este salmo que narra, como si de una profecía se tratase, la pasión de Jesús.

Mientras que Marcos y Mateo no ponen palabras en boca de Jesús antes de expirar, Lucas y Juan utilizan dos pequeñas locuciones:

- "Padre, en tus manos pongo mi espíritu": Lucas pone en boca de Jesús el salmo 31. Jesús confía plenamente en el Padre.
- "Todo está cumplido": La entrega hasta el final, que había prometido en el lavatorio de los pies se ha realizado. Su muerte cruenta es el signo del cumplimiento de la voluntad De Dios y se ha ofrecido como sacrificio, de una vez para siempre.

Las palabras "Tengo sed", que aluden al salmo 69, vienen propuestas de nuevo por Juan en su evangelio. La unión constante entre el Antiguo y Nuevo Testamento que hace Juan atestigua el cumplimiento de Aquel del que él da testimonio válido.

Oración

Ante tu cruz Jesús,
ponemos las vidas de tantas personas
que hoy en día son crucificadas contigo.

De tanta gente acribillada
por nuestro silencio y egoísmo,
por nuestra simple indiferencia.

Danos entrañas compasivas
que sientan el dolor de los que no encuentran amor.
Danos manos comprometidas
con un mundo falto de solidaridad y compasión.

Ponemos bajo tus pies sangrientos
el grito de aquellos que no tienen voz.

Reflexión

- Jesús toma en su cruz todas nuestras preocupaciones y pecados. ¿En qué situaciones nos hemos sentido abandonados por Dios? **Gritemos a Dios que nos saque de todo aquello que nos hace vivir en el sinsentido.**
- El centurión se conmovió por la actitud de Jesús. ¿Soy capaz de reconocer a Jesús como mi salvador, como aquel de quien me fío? **Rompe tu incredulidad y confía en Jesús.**
- Juan y María se comprometen no solo a tenerse el uno al otro, sino a donarse como Jesús hasta el final. ¿Qué compromiso adquirimos ante la cruz de Jesús? **Pide al Señor que te muestre el camino.**

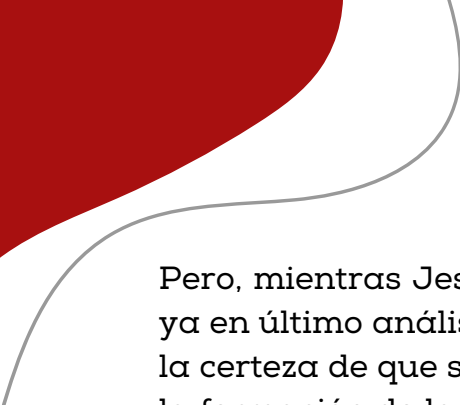
Profundización

Mateo y Marcos concuerdan en decir que, a la hora nona, Jesús exclamó con voz potente: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46; Mc 15,34). Transmiten el grito de Jesús en una mezcla de hebreo y arameo y lo traducen después al griego. Esta plegaria de Jesús ha llevado una y otra vez a los cristianos a preguntarse y a reflexionar: ¿Cómo pudo el Hijo de Dios ser abandonado por Dios? ¿Qué significa este grito? Rudolf Bultmann, por ejemplo, observa a este respecto: La ejecución de Jesús tuvo lugar «a causa de una interpretación errónea sobre su modo de obrar, entendido como el de un agitador político. Habría sido entonces –hablando desde el punto de visto histórico– un destino carente de sentido. Si o cómo Jesús haya visto en esto un sentido, no lo podemos saber. No debemos descartar la posibilidad que se haya derrumbado» (Das Verhältnis, p. 12). ¿Qué debemos decir frente a todo eso?

Ante todo hay que considerar el hecho de que, según el relato de ambos evangelistas, los que pasaban por allí no comprendieron la exclamación de Jesús, pero la interpretaron como un grito dirigido a Elías. En estudios eruditos se ha tratado de reconstruir precisamente la exclamación de Jesús de modo que, por un lado, pudiera ser malentendida como un grito hacia Elías y, por otro, fuera la exclamación de abandono del Salmo 22 (cf. Rudolf Pesch, Markusevangelium, II, p. 495). Como quiera que sea, sólo la comunidad creyente ha comprendido la exclamación de Jesús –que los que estaban por allí no entendieron o malentendieron– como el inicio del Salmo 22 y, sobre esta base, la ha podido comprender como un grito verdaderamente mesiánico.

No es un grito cualquiera de abandono. Jesús recita el gran Salmo del Israel afligido y asume de este modo en sí todo el tormento, no sólo de Israel, sino de todos los hombres que sufren en este mundo por el ocultamiento de Dios. Lleva ante el corazón de Dios mismo el grito de angustia del mundo atormentado por la ausencia de Dios. Se identifica con el Israel dolorido, con la humanidad que sufre a causa de la «oscuridad de Dios», asume en sí su clamor, su tormento, todo su desamparo y, con ello, al mismo tiempo los transforma.

Como hemos visto, el Salmo 22 impregna la narración de la Pasión y va más allá. La humillación pública, el escarnio y los golpes en la cabeza de los que se mofan, los dolores, la sed terrible, el traspasarle las manos y los pies, el echar a suertes sus vestidos: la Pasión entera está como narrada anticipadamente en este Salmo.



Pero, mientras Jesús pronuncia las primeras palabras del Salmo, se cumple ya en último análisis la totalidad de esta magnífica oración, incluida también la certeza de que será escuchada, y que se manifestará en la resurrección, en la formación de la «gran asamblea» y en el saciar el hambre de los pobres (cf. vv. 25ss). El grito en el extremo tormento es al mismo tiempo certeza de la respuesta divina, certeza de la salvación, no solamente para Jesús mismo, sino para «muchos».

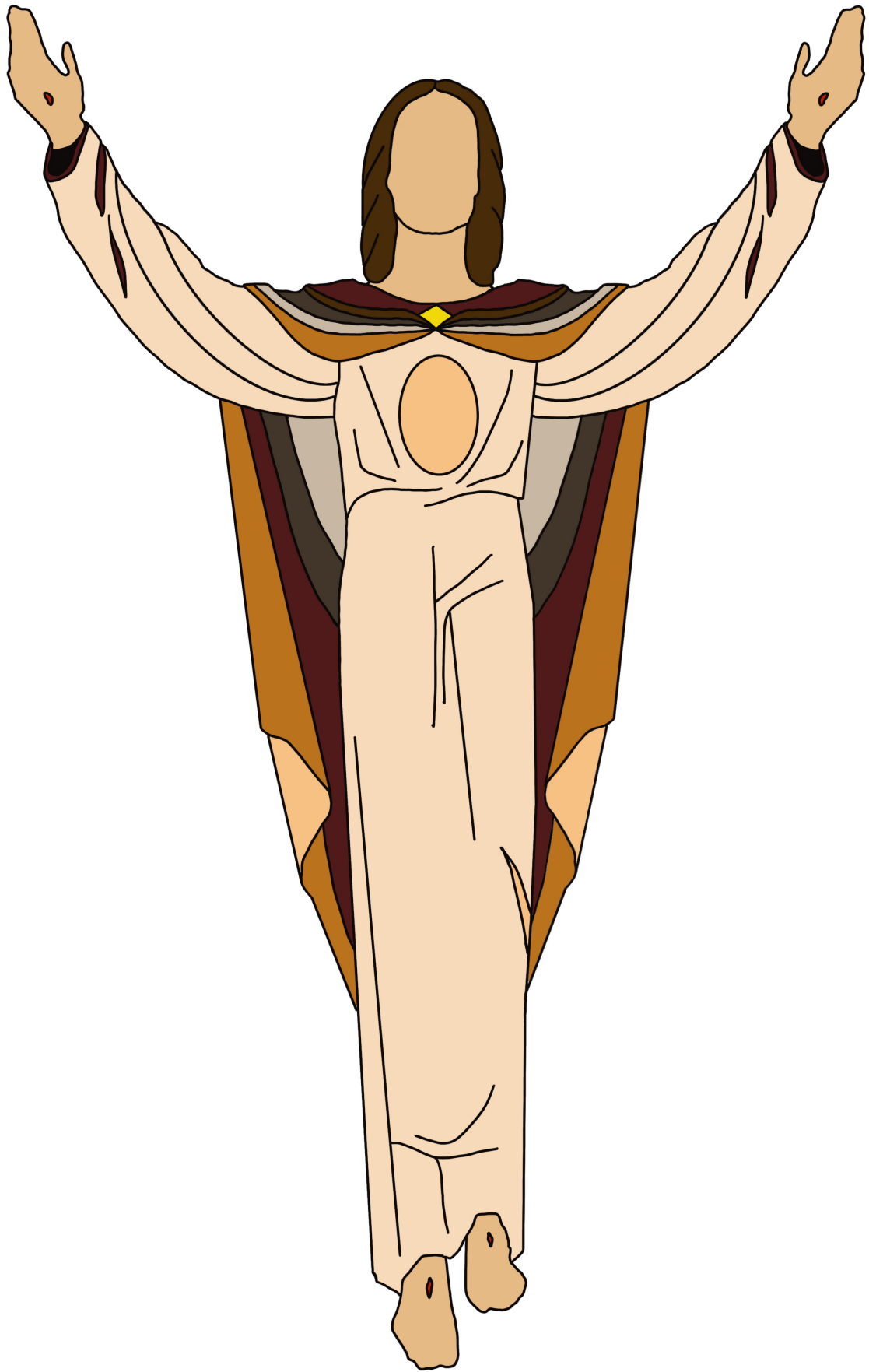
En la teología más reciente se han hecho muchos intentos perspicaces para escudriñar, basándose en este grito de angustia de Jesús, en los abismos de su alma y comprender el misterio de su persona en el extremo tormento. Todos estos esfuerzos, a fin de cuentas, se caracterizan por un planteamiento demasiado limitado e individualista.

Pienso que los Padres de la Iglesia, con su modo de comprender la oración de Jesús, se han acercado mucho más a la realidad. Ya para los orantes del Antiguo Testamento las palabras de los Salmos no corresponden a un sujeto individual cerrado en sí mismo. Ciertamente, son palabras muy personales, que han ido surgiendo en el forcejeo con Dios, pero palabras a las que, sin embargo, están asociados a la vez en la oración todos los justos que sufren, todo Israel, más aún, la humanidad entera en lucha; por eso estos Salmos abrazan siempre el pasado, el presente y el futuro. Están en el presente del dolor y, sin embargo, llevan ya en sí el don de ser escuchados, de la transformación.

Jesús de Nazaret (Benedicto XVI)

Sábado Santo





RESUCITADO

Evangelio

Del evangelio de Juan (20, 1-10):

El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro.

Echa a correr y llega donde Simón Pedro y donde el otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.»

Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos, entonces, volvieron a casa.

*El Sábado Santo es un día de silencio y meditación ante el sepulcro vacío. Por eso no se celebra ninguna liturgia hasta la noche de la Vigilia Pascual. Se propone esta meditación para este día, para que nos ayude a comprender mejor la Vigilia que vamos a vivir por la noche.

Meditación

Sin duda la experiencia del Resucitado en la vida del cristiano es fundamental. Los primeros discípulos se encuentran, como todos, con la peor experiencia de sus vidas: la muerte de su amigo Jesús, en el que habían puesto todas sus esperanzas, y que ahora los había defraudado.

¿No es insoportable creer que todo por lo que hemos luchado, todo lo que hemos querido, todo lo que hemos hecho durante nuestra vida cae en el vacío tras la inminente llegada de la muerte? Por eso en nuestro interior sentimos la imposibilidad de que todo esto se desvanezca, e intentamos creer en la certeza de que todo por lo que luché, amé e hice no puede terminar así.

Sin embargo, a pesar de mi voluntad de la existencia de una continuidad a todo esto, me doy cuenta de que no puedo volver a hablar como antes con mis seres queridos, ni hacerles volver, ni siquiera puedo imaginar el sitio donde puedan encontrarse.

Esto mismo pensaron los discípulos. No creían en la posibilidad de traer de vuelta al que habían creído que les salvaría de todas las injusticias que vivían, a Jesús de Nazaret. Hasta que, de repente, se toparon con una experiencia inesperada que les cambia la vida para siempre. Una experiencia tanto ambigua como cierta, vivida con tanta incertidumbre como verdad.

Aunque en los evangelios sinópticos (Mt, Mc y Lc) son varias las mujeres que van al sepulcro, en Juan solo encontramos a María Magdalena que encuentra la tumba vacía y va a llamar a Pedro y a los discípulos ante tal sorpresa.

Es muy bonita la imagen que emplea el evangelista Juan, en el que no hallamos nada parecido a los sinópticos. Tras la vuelta de María Magdalena del sepulcro, diciendo que se han llevado el cuerpo de Jesús, nos encontramos con una bonita carrera, que no es sino imagen de una Iglesia que corre en búsqueda de Jesús Resucitado.

Pedro y Juan (el discípulo amado) corren al sepulcro. Este último llegó antes, vio las vendas pero no entró. Pedro, entró primero.

Sin duda, Juan, que es el que escribe el evangelio, está caracterizado por la clarividencia, llega antes que Pedro, cabeza de la institución, que aunque llega más tarde es el que entra primero, como jefe de la Iglesia.

Según el evangelio de Juan, este y Pedro encuentran las vendas extendidas, mientras que el sudario estaba plegado aparte. El hecho de que la sábana estuviera en el suelo, literalmente tendidas, quiere explicar que el cuerpo no había sido robado, sino que el cuerpo había desaparecido de forma inexplicable, ya que las vendas no habían sido movidas. La verificación de que el cuerpo no había sido robado viene demostrada también mediante el sudario, que se encuentra doblado aparte. Si hubiera sido un robo, los ladrones no se habrían preocupado de envolver el sudario.

En definitiva, esta explicación que el evangelista nos propone quiere simplemente atestiguar que lo que había ocurrido allí no había sido un robo, como dijo María Magdalena al volver, sino que había ocurrido otro acontecimiento, la Resurrección. De ahí que termine esta parte diciendo que hasta ese momento no habían entendido que debía resucitar.

Oración

Haznos correr, Jesús, hacia la luz de tu vida,
hacia el resplandor de tu resurrección.
Estamos fatigados, embotados, con miedo,
ante la irrupción de tu gloria.

Abre nuestras mentes y nuestros corazones,
para acoger el destello de tu mirada limpia y amorosa.
Ayúdanos a experimentar cada día que vives realmente,
y que tu vida nos da vida para siempre.

Que tu gracia, Señor, avive el fuego que hay en nuestro interior,
para que seamos antorchas inapagables de tu amor,
instrumentos que no puedan parar de cantar que tu vives
y das sentido a nuestras vidas.

¡Ven, Señor, Jesús! Danos fe, esperanza y amor.

Reflexión

- Huyeron despavoridos ante la resurrección de Jesús. El miedo al qué dirán los espantó ¿En qué momentos nos avergonzamos de Jesús? ¿Nos da vergüenza ser creyentes? **Pide a Jesús que te haga testimonio de la Resurrección.**
- La confusión y el miedo que les provoca la experiencia del Resucitado no provoca rechazo, sino que mueve en ellas el deseo de creer en lo que Jesús les había dicho. ¿Me fio de Jesús? ¿Tengo deseo de encontrarme con él? **Desea de corazón encontrarte hoy con Jesús.**
- Corren al encuentro de su maestro. La desazón de la muerte de Jesús se convierte en esperanza. Vieron y creyeron. ¿Cuál es mi experiencia de Jesús Resucitado? **Corre al encuentro con Él y cree.**

Profundización

¿Qué quieren decir estos cristianos de la primera generación cuando hablan de "Cristo resucitado"? ¿Qué entienden por "resurrección de Jesús"? ¿En qué están pensando?

La resurrección es algo que le ha sucedido a Jesús. Algo que se ha producido en el crucificado, no en la imaginación de sus seguidores. Esta es la convicción de todos. La resurrección de Jesús es un hecho real, no producto de su fantasía ni resultado de su reflexión. No es tampoco una manera de decir que de nuevo se ha despertado su fe en Jesús. Es cierto que en el corazón de los discípulos ha brotado una fe nueva en Jesús, pero su resurrección es un hecho anterior, que precede a todo lo que sus seguidores han podido vivir después. Es, precisamente, el acontecimiento que los ha arrancado de su desconcierto y frustración, transformando de raíz su adhesión a Jesús.

Esta resurrección no es un retorno a su vida anterior en la tierra. Jesús no regresa a esta vida biológica que conocemos para morir un día de manera irreversible. Nunca sugieren las fuentes algo así. La resurrección no es la reanimación de un cadáver. Es mucho más. Nunca confunden los primeros cristianos la resurrección de Jesús con lo que ha podido ocurrirles, según los evangelios, a Lázaro, a la hija de Jairo o al joven de Naín. Jesús no vuelve a esta vida, sino que entra definitivamente en la "Vida" de Dios. El evangelio de Juan no confunde la "revivificación" de Lázaro, que salió del sepulcro "atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario", con la resurrección de Jesús, que deja en el sepulcro "los lienzos y el sudario". Lázaro vuelve a esta vida llena de esclavitudes y tinieblas. Jesús, por el contrario, entra en el país de la libertad y de la luz. Una vida liberada donde ya la muerte no tiene ningún poder sobre él. Lo afirma Pablo de manera taxativa: "Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir, la muerte no tiene ya dominio sobre él. Porque, cuando murió, murió al pecado de una vez para siempre; su vivir, en cambio, es un vivir para Dios" (Romanos 6,9- 10).

Sin embargo, los relatos evangélicos sobre las "apariciones" de Jesús resucitado pueden crear en nosotros cierta confusión. Más tarde hablaremos de estos relatos, compuestos entre los años 70 a 90. No son relatos biográficos. No pretenden ofrecernos información para que podamos reconstruir los hechos tal como sucedieron, a partir del tercer día después de la crucifixión. Son "catequesis" deliciosas que evocan las primeras experiencias para ahondar más en la fe en Cristo resucitado y extraer importantes consecuencias para los creyentes.

Según los evangelistas, Jesús puede ser visto y tocado, puede comer, subir al cielo hasta quedar oculto por una nube. Si entendemos estos detalles narrativos de manera material, da la impresión de que Jesús ha regresado de nuevo a esta tierra para seguir con sus discípulos como en otros tiempos.

Sin embargo, los mismos evangelistas nos dicen que no es así. Jesús es el mismo, pero no es el de antes; se les presenta lleno de vida, pero no lo reconocen de inmediato; está en medio de los suyos, pero no lo pueden retener; es alguien real y concreto, pero no pueden convivir con él como en Galilea. Sin duda es Jesús, pero con una existencia nueva.

Tampoco han entendido los seguidores de Jesús su resurrección como una especie de supervivencia misteriosa de su alma inmortal, al estilo de la cultura griega. Para hablar del resucitado recurren al lenguaje de la "resurrección", de la "exaltación" a la gloria de Dios o de la "vida", pero nunca han pensado en la "inmortalidad del alma" de Jesús. El resucitado no es alguien que sobrevive después de la muerte despojado de su corporalidad. Ellos son hebreos y, según su mentalidad, el "cuerpo" no es simplemente la parte física o material de una persona, algo que se puede separar de otra parte espiritual. El "cuerpo" es toda la persona tal como ella se siente enraizada en el mundo y conviviendo con los demás; cuando hablan de "cuerpo" están pensando en la persona con todo su mundo de relaciones y vivencias, con toda su historia de conflictos y heridas, de alegrías y sufrimientos. Para ellos es impensable imaginar a Jesús resucitado sin cuerpo: sería cualquier cosa menos un ser humano. [...]

Para los primeros cristianos, por encima de cualquier otra representación o esquema mental, la resurrección de Jesús es una actuación de Dios que, con su fuerza creadora, lo rescata de la muerte para introducirlo en la plenitud de su propia vida. Así lo repiten una y otra vez las primeras confesiones cristianas y los primeros predicadores. Para decirlo de alguna manera, Dios acoge a Jesús en el interior mismo de la muerte, infundiéndole toda su fuerza creadora. Jesús muere gritando: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", y, al morir, se encuentra con su Padre, que lo acoge con amor inmenso, impidiendo que su vida quede aniquilada. En el mismo momento en que Jesús siente que todo su ser se pierde definitivamente siguiendo el triste destino de todos los humanos, Dios interviene para regalarle su propia vida. Allí donde todo se acaba para Jesús, Dios empieza algo radicalmente nuevo. Cuando todo parece hundirse sin remedio en el absurdo de la muerte, Dios comienza una nueva creación.

Jesús. Aproximación histórica (José Antonio Pagola)

www.culturayfe.es

